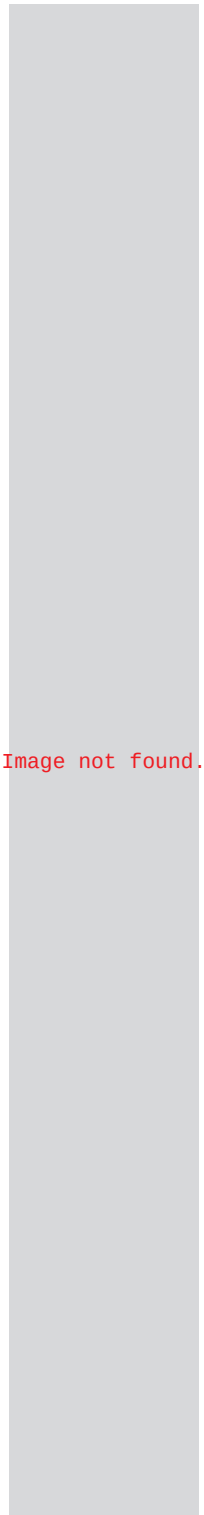
IKINGUT: EL HEREDERO DE DARKARIA

Belinda Díaz



Capítulo 1

UN BRILLO EN LA SOMBRA

La luz había caído. Quejidos de dragones y hombres derrotados bramaban a la guerra.

En el filo del bosque, una hechicera haló con brusquedad las bridas de su caballo. Desde el montículo en que se hallaban, se veía un castillo de paredes imponentes y torres que tocaban el cielo.

–Hemos llegado tarde– dijo la mujer con tristeza, al ver a los demonios victoriosos, celebrando sobre lagos de sangre interminable la masacre de guerreros humanos.

El aire era gélido, y la recia tormenta no dejaba ver demasiado lejos. Más allá del castillo había una bifurcación. Se extendía hacia las montañas donde moraban los elfos, y a las tierras de los bárbaros.

La hechicera miró a su alrededor tratando de hallar algún ser humano vivo. No encontró ninguno. La idea de llegar ahí había hecho que los demás pensamientos se le enredaran en la mente, por lo que no fue sino hasta entonces que se percató de varias lesiones en su cuerpo. La más profunda se encontraba en la mano izquierda. Ya antes había sentido unas punzadas, pero no se imaginaba lo grave de la herida. Cruzaba toda la palma, y tan profunda que casi se podían ver las venas, como pequeños cablecillos enrollados unos con otros. La lluvia le impedía observar con claridad, por lo que se ocultó bajo el resguardo de un grueso roble.

La escasa luz de luna cruzaba incómoda por entre las hojas, develando el aspecto de la joven hechicera. Vestía una túnica blanca coronada por una capucha, y en el cinto llevaba colgada una espada de vistosos grabados, por cuyo aspecto limpísimo y perfecto estado se deducía no haber sido utilizada desde hacía mucho tiempo. Su cabello rubio asomaba ondulante por encima de los hombros, y algunos mechones recorrían su delicada piel, engalanando la gracia que poseía. Sin embargo, dentro de esa beldad, no había algo comparable a la belleza de sus ojos, claros como la miel, y avellanados, portadores de luz en aquella interminable oscuridad.

–Ladil abda.– pronunció solemne al tiempo que tocaba la herida con las yemas de los dedos. El conjuro actuó de inmediato, pues ésta comenzó a sanar hasta tornarse una cicatriz invisible.

Ya sin dolor, aguzó el oído en busca de alguna esperanza. Escuchó la respiración de su caballo, constante y agitada, venida de sus poderosos pulmones; más lejos, el blandir de espadas que se batían en

duelo, los lamentos de agonía de hombres derrotados y, por encima de todo, los estridentes chillidos de los demonios, como de mil ratas extasiadas. Acarició a su caballo, mientras las gotas de lluvia caían sobre ellos. ¿Qué hacer? No quedaba mucho. Podría entrar al castillo y tratar de rescatar a los sobrevivientes. Era evidente que sería una tarea difícil, pero no podía quedarse ahí sin hacer nada. Azuzó al caballo, dándole firmes golpes en los costados, y éste avanzó a paso decidido.

El puente colgante a la entrada del castillo no había abierto por completo, por lo que el caballo tuvo que brincar para no caer en el río debajo de ellos, cubierto de una extraña negrura, e invadido por cuerpos de demonios y hombres sin vida. Al entrar, el calor de llamas los recibió de lleno, contrastando con el clima helado que una tenue neblina provocaba en el entorno. En los muros del castillo, unos seres extrañísimos con piel grisácea y tan dura como la piedra los observaban emitiendo a su vez sonidos guturales, anunciando su presencia.

Algo llamó la atención de la hechicera: un hombre peleaba con bravura al pie de una torre, contra criaturas aladas y con colas enormes terminadas en pico, todas ellas con monstruosas deformaciones y cuernos enroscados que nacían de la cabeza. Se acercó apresurada pero con mesura hasta donde estaba aquel guerrero. Ya no portaba casco, el cual yacía en el suelo de piedra, deformado por la batalla, incapaz de brindarle más protección. Sostenía firmemente un escudo de hierro, igualmente contrahecho, pero que al menos lo resguardaba de los ataques de aquellos horribles seres. Empuñaba una espada gruesa, que utilizó para degollar a la última criatura. Al acercarse la hechicera, el hombre apuntó con la espada directamente al cuello del corcel.

–¿Quién es usted?– le preguntó agitado. A la luz de las llamas provenientes de una antorcha cercana, la hechicera se dio cuenta de que el hombre estaba muy herido. Hilillos de sangre brotaban de su boca, serpenteantes, y su ojo derecho se encontraba escondido en el promontorio purpúreo de un moretón. Su nariz estaba rota, dividida transversal por una incisión profunda. La mugre que cubría el rostro casi no permitía ver que era joven, tal vez veinte años, y que el color de sus ojos era un tanto peculiar, azules tan oscuros que la hechicera pensó eran negros. Los cabellos rizados habían perdido forma. Tan sólo eran un amasijo de greña montado en aquel destrozado rostro.

–No soy enemiga, mi nombre es Kahla, y he venido en busca del rey, para…– pero no bien había terminado, el joven guerrero señaló un montículo de paja, donde yacían dos cuerpos inertes. Kahla sintió un escalofrío recorriéndole las entrañas. Bajó del caballo, forzando sus extremidades a caminar hacia aquellos cuerpos. A su alrededor, las criaturas demoníacas continuaban vigilando sus pasos, sin atreverse a atacar, y se apiñaban burlonas, riéndose de la hechicera, la cual estaba a punto de llegar al montón de paja. En efecto, se encontraba frente a los

otrora reyes de aquel castillo, ahora exánimes y desfigurados.

Un olor nauseabundo como de carne podrida llegó hasta su nariz, proveniente quizás de aquellos fallecidos, o de los múltiples seres, humanos y demonios, que reposaban muertos, cerca del montículo de paja. El rey Theriam había sido desmembrado, pero el rictus de su rostro mostraba una inobjetable furia, lo que de cierta manera alegró a Kahla, pues supuso habría muerto luchando. La reina no tenía demasiadas heridas, sólo una, perpetrada sin duda por un cobarde, puesto que el cráneo exhibía una hendidura en la parte trasera; el agresor había atacado por la espalda. Una fulgurante luminosidad se asomaba entre los dedos, que mantenía cerrados herméticamente. Protegía algo muy importante.

La hechicera se acercó con cuidado. Los seres alados la miraban curiosos, dejando de emitir aquellos espantables chillidos. Por alguna razón seguían sin acercarse, quizás porque su intuición se los impedía. Kahla separó los dedos, lo cual fue bastante difícil, puesto que la heladez del ambiente casi los había congelado. Cuando lo logró, descubrió una pequeña piedrecilla luminosa, enredada por un cordel blancuzco que servía de collar. La retiró de la mano de la reina, y, quizás por voluntad propia o por alguna fuerza mayor, la sostuvo por encima de su cabeza, mostrándola a los seres alados. El brillo que produjo fue tal que la joven no pudo soportarlo, por lo que guardó el objeto de inmediato en la túnica, al tiempo que veía cómo las espantables criaturas se alejaban asustadas, con gritos de angustia y temor.

El guerrero, que todo ese tiempo la había estado observando, caminó hacia ella con paso decidido y colocó su tosca mano sobre los delicados hombros de la hechicera.

–Cuando la reina Milgea murió, no cesaba de gritar que entregáramos la piedra a su hijo. Esas fueron sus últimas palabras, –dijo con melancolía. La hechicera lo miró contrariada.

-¿Hijo?– preguntó con los ojos fijos en los del guerrero. –Los hechiceros ignorábamos su nacimiento–. Él la miró minuciosamente, tratando de descubrir si no habría cometido un error al mencionar aquello. La hechicera se apresuró a decir: –Nadie en todo el imperio sabe de la existencia del pequeño. ¿Aún está con vida? –El joven guerrero continuaba observándola con fijeza. Necesitaba una señal para continuar develando el secreto. La claridad de los ojos de la joven evocó en él una paz grandiosa, de tiempos luminosos en los que hombres y hechiceros eran amigos. Finalmente se decidió, y señaló la torre que protegía. No había criaturas en la redonda, pero lamentos lejanos anunciaban que pronto regresarían. Tenían que sacar de allí al pequeño, aunque donde

quiera que fueran encontraran también, ruina.

Thandor estaba allí cuando los demonios atacaron el castillo. Las venas se marcaban a través de sus alas membranosas. Comandándolos, horrible y despiadado, Madal atestiguaba la escena desde lejos, montado sobre un dragón de piedra, como si nadie fuera suficiente para enfrentarlo él mismo. Alguna vez había sido un hechicero poderoso, líder del círculo de magos de Darkaria. Ahora se había convertido en algo peor que un demonio. Por eso Thandor no confiaba en la hechicera. Si para salvar al príncipe tenía que enfrentarla, así lo haría.

–No todos los hechiceros elegimos seguir a Madal. –dijo ella, adivinando su turbación– Es cierto que era nuestro líder, pero renunció a ello hace mucho tiempo. Cuando llamó a los demonios, muchos nos rebelamos. A algunos no nos gusta la idea de vivir en un mundo de tinieblas, sometidos a los designios de los demonios. Además… –señaló la silueta de dos colosales montículos bautizados como "montañas azules". –Mi hija espera. No ha cumplido siquiera un año de vida, y he tenido que encargarla a una mujer que huía hacia el este, puesto que yo precisaba llegar al castillo, y no podía arriesgarme a traerla. No hay más que pueda decirle para que confíe en mí. Pero si no se hace a un lado, yo misma lo retiraré. El tiempo apremia.

El guerrero vaciló un instante. Era cierto que si la hechicera hubiera querido lo habría asesinado ya con su magia. Poniendo su espada en ristre, le indicó que fuera por el pequeño, mientras él la cubría. Kahla afirmó y entró en la torre.

Una pared oscura y nauseabunda le dio la bienvenida. A sus pies, el cuerpo de un soldado le truncaba el paso. Se agachó para mirarlo con detenimiento. El olor que irradiaba su desfigurada corpulencia era insoportable. Su torso había sido destrozado por las garras de alguna bestia. Entre sus manos yacían aún los restos de un escudo metálico, razón por la cual, la joven supuso pertenecía a la guardia real. Bajó sus párpados con delicadeza y continuó el camino.

Las escaleras de piedra ascendían en espiral hasta la cima. Una antorcha, la única que permanecía encendida, alumbraba los cuerpos de otros guerreros, también fallecidos. Kahla tomó la antorcha y continuó subiendo. Las miradas de los guerreros muertos parecían suplicantes. Al llegar a una ventana que daba al este, se veían con claridad las montañas azules. Allí, pensó, su pequeña esperaba el retorno de la madre.

Dentro de la torre, las escaleras eran resbalosas; la sangre de los guerreros hacía que lo fueran. Al llegar a lo más alto, se detuvo. Otra ventana, esta vez miraba al sur, le mostró una imagen siniestra. Más allá del bosque, mismo que rodeaba el castillo en media luna, y por el que debían cruzar si querían salir, se alzaba una torre. A su alrededor volaban

pequeñas figurillas demoniacas, como aves de rapiña esperando su turno en el festín de carroña. Formaban una nube oscura y semoviente, que se alejaba de aquella construcción, con destino al castillo en que se encontraba.

La hechicera alumbró los pequeños rincones de aquella estantería, encontrando tan sólo cuerpos y más cuerpos apiñados, víctimas de su empeño por defender al pequeño príncipe que no se veía por ningún sitio. La esperanza se marchitaba, igual que el fuego de su antorcha. Miró de nuevo hacia la ventana. Las figuras demoniacas se acercaban de prisa. Una última mirada al lugar y se marcharía.

Esta vez buscó entre un cúmulo de paja, del cual no había querido fijarse, puesto que de ahí encontrarse el príncipe, lo más lógico era que habría muerto asfixiado. Hizo a un lado kilos de paja, hasta encontrar el cuerpo de una mujer. Los nervios la invadieron. El príncipe era su única ilusión de victoria. Siguió escarbando la paja, hasta que sus manos tocaron una suave textura. Era un cuerpecito. Retiró la paja y encontró un bebé con los ojos cerrados. De inmediato le tocó el pecho con las yemas de los dedos. Aún palpitaba. Todavía con sus dedos en el pecho de la criatura, pronunció en un susurro: –Ladil Abda–.

El pequeño se estremeció y lanzó un chillido ahogado. Al abrir los ojos, miró con atención los de Kahla, cuya belleza y claridad nunca olvidaría. La hechicera no pudo más que sonreír y abrazarlo. Mirando la ventana, se dio cuenta de que los demonios llegarían en cualquier momento, por lo que con rapidez sacó de su bolsillo el amuleto que la reina deseaba le entregaran a su hijo, y lo colocó alrededor del cuello del pequeño. Acarició sus mejillas y lo cargó entre los brazos. Bajó las escaleras, resbalando de vez en cuando, hasta salir de la torre. Una vez fuera sintió un escalofrío. El paisaje extendido frente a ella era el presagio de una pesadilla inminente. La luna no crecía en el cielo, ni las estrellas titilaban en su penumbra. Todo era oscuridad.

–¡De prisa, vámonos! –le indicó el guerrero que la esperaba fuera de la torre. Traía por las bridas dos caballos, el de Kahla, blanco y orgulloso; y otro más fornido, de color café oscuro y con mechones negro azabache. La hechicera subió con agilidad a su caballo, con el niño en brazos. Azuzaron a los corceles, los cuales parecían entender la situación, puesto que cabalgaron como nunca. Sus poderosas patas apenas tocaban el piso. Thandor desenvainó la espada, a pesar de que las criaturas grisáceas sólo atestiguaban su huida. Gárgolas inmóviles sobre las columnas de piedra.

Kahla giró la cabeza para contemplar por última vez el castillo. La piedras que resguardaron a generaciones de reyes sangraban, pero no porque hubieran sido heridas, sino porque un macabro maleficio se cernía sobre ellas. Un ser de espantable aspecto montado sobre un dragón de piedra volaba sobre las ruinas, comandando a las figurillas demoniacas que Kahla

había visto desde la torre. La hechicera habló al oído del corcel y éste avanzó más rápidamente, seguido por Thandor. Frente a ellos, los cuerpos de soldados muertos volvían a la vida, invocados por los oscuros mandatos del ser que los encabezaba. El guerrero cortó la cabeza de uno de ellos, pero su cuerpo siguió andado a paso lento, pues no eran ya los ojos por donde veía, ni su cerebro el que lo hacía moverse, sino algo siniestro, venido del ser que volaba sobre ellos, lanzando clamores de inframundo, y dando aliento nuevo y oscuro a horrorosas bestias y aterradoras pesadillas.

Los caballos cabalgaban de prisa, derribando a las lentas criaturas de ultratumba que estorbaban su paso. Al cruzar el puente, las gárgolas, que no habían intervenido, los atacaron con fiereza. Thandor adelantó el paso, y con la espada detuvo el ataque de aquellas alimañas, abriendo el camino hacia la salida del castillo.

Kahla miró hacia el frente. La ruta más corta hacia la tierra de los elfos era el bosque, pero también la más peligrosa. Aunque estuviera más lejos, debían circundarlo por el este, y luego hacia el norte, a encontrarse con los elfos, que ya debían estar en camino. A su espalda, los demonios se acercaban velozmente, pero los caballos arreciaron su andar, como si compitieran contra aquellos monstruos; luz y oscuridad, batiéndose a duelo. Los primeros para darles muerte, y los segundos para poner a salvo a sus jinetes. Aunque los demonios tuvieran alas, las patas de los caballos les tomaron ventaja, y hubo un instante en que los perdieron de vista. No había aire en el entorno que meciera sus crines, ni pasto fresco bajo sus pisadas. Tan sólo eran ellos y sus jinetes, y sin embargo, bastaba ese hecho para que los corceles continuaran la marcha, felices de morir al lado de sus amos. De improviso, tres bestias con forma humana emergieron de la tierra.

Thandor se dirigió hacia las bestias con la espada en ristre. Asestó un sablazo justo en la tráquea de una de ellas, la cual cayó hecha polvo. Cuando se disponía a hacer lo mismo con las otras dos, éstas saltaron a su encuentro, y lo derribaron. Kahla levantó la palma, como solía hacerlo, y ordenó a las bestias regresar a su forma original. Tan sólo pronunciadas, sus palabras hicieron que los seres se convirtieran en tierra.

El joven guerrero aún no se había puesto en pie, cuando decenas de monstruos parecidos emergieron de la tierra. Tan cerca de ellos, que se podía sentir a través de las entrañas el frío que emanaba su piel reseca.

–¡Váyase ahora! –le indicó a la hechicera, levantando su espada, que había caído al suelo.

–¡Pero morirá si lo dejo solo! –le contestó ella, resuelta a permanecer a su

lado.

–He llegado ya demasiado lejos. ¡Usted huya y salve al príncipe! Y déjeme morir defendiendo a quien siempre serví. –Kahla notó en el guerrero una resolución irrebatible. Tenía que dejarlo atrás. El joven avanzó hacia los monstruos, mientras su caballo relinchaba con furia, retando a los seres de tierra.

Kahla inició de nuevo la marcha, esta vez hacia el norte. La silueta de las montañas azules se veía en la lejanía. Al entrar al bosque se vio inundada de una calma incomprensible. Las hojas de los árboles permanecían estáticas, a falta de viento que las sacudiera. El ulular de un búho y las pisadas de su caballo eran lo único que interrumpía esa paz aciaga. Sudaba frío. Aquello no era normal. Detrás de aquella aparente tranquilidad algo se ocultaba, algo que la joven hechicera no alcanzaba a distinguir, pero que recorría su mente y la hacía dudar en seguir adelante.

Un dolor punzante en el costado le cortó el aliento. Al bajar la mirada, se dio cuenta de que la punta gruesa de una flecha le había atravesado el muslo. El responsable emergió de entre las sombras. Era un trasgo. Del tamaño de un humano, pero con orejas largas como de gato, y pelambre maltratado. Normalmente no salían de las cuevas, pues temían a los guerreros de los reinos, pero ahora se atrevían a llegar hasta los bosques y herir a una hechicera.

Lanzó otra flecha, que Kahla esquivó sin mayor dificultad. Detrás de él, más trasgos aparecieron, todos ellos con flechas, listos para disparar. Tensaron la cuerda de su arco. La hechicera estaba preparada. Cuando tiraron, la hechicera no se movió; permaneció quieta, esperando el momento adecuado. A punto de ser muerta brutalmente por aquellas rústicas flechas, colocó su palma en alto, e hizo que las mismas regresaran a los dueños, con las puntas en dirección a sus cráneos. Todos cayeron.

Pero algo más había atravesado la poderosa defensa. Una rama ancha hundida en el pecho del caballo se había arrastrado hasta ellos con vida propia, y permanecía clavada también en el estómago de Kahla. El dolor era insoportable. Como pudo, la hechicera desenvainó la espada y cortó de tajo aquella extensión de árbol. El corcel no pudo sostenerse en pie, y cayó al suelo, cuidando como pudo de no lastimar a quienes lo montaban. Unidos por la rama que perforaba sus cuerpos, corcel y jinete respiraban el último aliento de vida. Kahla estiró su cuerpo hasta alcanzar al pequeño, que lloraba asustado junto a ella. No tenía un solo rasguño, pero la rama amenazaba con asfixiarlo. La hechicera la tocó mientras pronunciaba un hechizo, haciendo que se redujera a polvo. El pequeño dejó de llorar, pues la joven acariciaba suavemente su frente,

tranquilizándolo.

Liberada de la presión que la rama ejercía sobre ella, la sangre comenzó a brotar a borbotones, llevándose con ella la vida de Kahla y su corcel.

El crujir de los árboles anunciaban un terror ya esperado: las ramas se movían sigilosas hacia la hechicera, intentando acertar un golpe mortal. De uno de los árboles, se formaba poco a poco un ser antropomorfo. Kahla se puso en pie con torpeza. La sangre emanaba de su boca.

La criatura, ya formada, era más monstruo que hombre: Dos largos cuernos emergían de su cabeza, la cual presentaba facciones afiladas y esqueléticas. Los ojos de negrísima sustancia profundidad hacían parecer que no los tenía. Del hocico sobresalían colmillos largos y disparejos. Su cuerpo era, como lo que le había dado forma, de madera gruesa, que se contraía demostrando que el ser respiraba. Kahla frente a él, lo encaraba.

–Tú, hechicera, –pronunció el demonio con un eco de inframundo–. Pretendes vencer a la oscuridad en sus dominios, con magia de débil luz que se apaga –miles de vocecillas a su alrededor rieron burlonas mientras él seguía hablando:– No son más tus reyes los que gobiernan, sino las tinieblas. Te rebelas contra lo que es más de que tú, – al decir esto, de los costados del demonio salieron ramas con espigas, apuntando a la hechicera…– No hay uno entre ustedes capaz de vencer al más débil de los demonios. Ríndete a la oscuridad que te rodea, y tal vez tu muerte no sea tan dolorosa.

Viendo las filosas espigas amenazantes, Kahla supo que sería inútil intentar alguna defensa. Además estaba muy débil. Lo más importante era que el demonio no descubriera al pequeño; aunque para ello debiera dar su vida.

–No, demonio– dijo la hechicera con voz más potente de lo que su condición dictaba…– No es oscuridad lo que envuelve este bosque –siguió, provocando en el demonio un gesto de confusión…– sino miedo, nacido de tus entrañas. Pues no hay oscuridad que oculte luz alguna. Más aún, ésta, por más débil que sea, seguirá brillando en su negrura.

Ante tal respuesta, el demonio dejó caer sobre ella una lluvia de espigas que atravesaron su cansado cuerpo. Todavía se mantuvo en pie un momento, pero el dolor insoportable la obligó a derrumbarse. Sus ojos miraron el cuerpo en reposo de su corcel, y a su lado, el pequeño bulto por el que había entregado la vida.

Un aullido de dolor, venido del demonio, anunció que los elfos habían llegado. Borrosamente, la joven pudo apreciar cómo uno de ellos, de cabellos negros y orejas puntiagudas, levantaba al bebé y daba órdenes a sus compañeros, seguramente para resguardarlo. Kahla miró al cielo. Un rayo de luna logró pasar a través de las ramas e iluminó de lleno su rostro. Antes de que el debilitado cuerpo cediera, sus labios esbozaron una sonrisa: Después de todo, la luz aún brillaba por encima de las sombras.